

ro de oro, el mencionado gran vaso de plata y las dos cabezas de bronce, con grandes prisas en esas obras trabajábase. También dí órdenes para fundir el pedestal de Júpiter, que hice de bronce con suma riqueza, lleno de adornos, entre los cuales esculpí en bajo-relieve el rapto de Ganimedes, y á la otra parte puse á Leda y el Cisne; lo fundí en bronce y salió muy bien. Además hice otro semejante para poner encima la estatua de Juno, esperando comenzar también aquesta si el rey me daba la plata necesaria para poderse hacer tal cosa.

Trabajando con ahinco, había armado yo el Júpiter de plata y también el salero de oro. El vaso iba muy adelantado, y los dos bustos de bronce estaban ya concluídos. También había hecho varias obritas al cardenal de Ferrara; además un vasito de plata magníficamente trabajado, para donárselo á madama de Etampes. A muchos señores italianos, como el señor Pedro Strozzi, el conde de la Anguillara, el conde de Pitigliano, el conde de la Mirandola (1) y otros varios, habíales hecho muchas obras.

Volviendo á mi gran rey, según he dicho, habiendo adelantado muchísimo en sus obras, regresó por aqueste tiempo á París, y al tercer día fué á mi casa con gran

(1) Duda Carpani si este conde de la Anguillara era Carlos, hijo bastardo de Virginio Orsini, ó su hijo Virginio ó Flaminio Anguillara de Stabbia. También duda si el conde de Pitigliano sería Juan Francisco Orsini (de familia diversa de la anterior), ó su hijo Nicolás.—Según Brunone Bianchi, era duque de la Mirandola Galeoto Pico, hijo de Luis.

número de la mayor nobleza de su corte, y asombróse mucho de tantas obras como tenía yo por delante y á tan buen término llevadas. Y estando con él su favorita madame de Etampes, comenzaron á conversar acerca de Fontainebleau. Madama de Etampes dijo á Su Majestad que debiera encargarme que hiciese algo bueno para ornamento de su Fontainebleau. En el acto el rey dijo:

—Está bien pensado lo que decís, y enseguida quiero resolver que se haga allí alguna cosa buena.

Y volviéndose á mí, comenzó á preguntarme sobre lo que me parecía que debiera hacerse para aquella bonita fuente. Acerca de aquesto propuse algunos caprichos míos; también Su Majestad emitió su parecer. Luego me dijo cómo quería ir á espaciarse por quince ó veinte días á Saint-Germain-en-Laye (1), á doce leguas de París, y que entre tanto hiciese yo un modelo para aquella su hermosa fuente con las más ricas invenciones que yo supiese, porque aquel lugar era el mayor recreo que tenía en su reino; por ese motivo me mandaba y rogaba que me esforzase por hacer algo de bueno, y otro tanto le prometí. Al ver el rey tantas obras delante, dijo á madame de Etampes:

—Jamás he tenido hombre de aquesta profesión que más me plazca ni que merezca ser más premiado que aqueste; por ese motivo es necesario pensar en retener-

(1) Pequeña y amenísima ciudad con Palacio Real, distante doce millas, y no doce leguas de París, como dice Cellini.

lo. Como gasta bastante y es buen compañero y trabaja mucho, es necesario que por nosotros mismos nos acordemos de él. La razón de esto (reflexionadlo, señora), es que en tantas veces cuántas él ha ido á verme y cuantas yo he venido aquí, jamás me ha pedido nada. Se ve cómo su ánimo está todo él absorto en el trabajo; por eso precisa hacerle presto algún bien, á fin de que no lo perdamos.

Madama de Etampes contestó:

—Yo os lo recordaré.

Partiéronse; yo me puse con gran solicitud á mis iniciadas obras, y además empecé el modelo de la fuente, y con ahinco en él adelantaba.

XXI.

En el término de mes y medio regresó el rey á París; y yo, que había trabajado día y noche, fui en su busca y llevé conmigo mi modelo tan bien esbozado, que claramente se comprendía. Había vuelto á renovar las diabluras de la guerra entre el emperador y él, de modo que le encontré muy confundido. Con ese motivo hablé al cardenal de Ferrara, diciéndole cómo llevaba conmigo ciertos modelos, los cuales me había encargado Su Majestad; así, pues, le rogaba que si veía el modo de introducir alguna palabra, á fin de que aquestos modelos se pudiesen mostrar, creía yo que el rey tuviera en ello mucho placer.

Así lo hizo el cardenal, quien habló al rey de dichos modelos, y en seguida vino el rey á donde yo los tenía puestos. En primer lugar había hecho la puerta del palacio de Fontainebleau, y por alterar lo menos que podía el orden de la puerta que habíase hecho á tal palacio, la cual era grande y enana, según el mal estilo francés, siendo su abertura poco más que cuadrada y sobre ese cuadro un arco rebajado puesto á manera del asa de una cesta (en este semicírculo deseaba el rey poner una figura que representase á Fontainebleau), di bellísimas proporciones á dicho vano, poniendo después encima de ese hueco un semicírculo justo; á los lados puse ciertos agradables resaltos, bajo los cuales, en la parte baja correspondiente á la alta puse un zócalo de otra tanta altura, y en cambio de dos columnas que parecían requerirse con arreglo á las molduras hechas arriba y abajo, había puesto yo un sátiro en cada uno de los sitios de las columnas.

Era éste más que de medio relieve y con uno de los brazos mostraba regir aquella parte que toca á las columnas; en el otro brazo llevaba un grueso bastón; era su cabeza osada y fiera, la cual causaba espanto á quienes la miraban. La otra figura estaba en actitud parecida, mas era diversa y varia en la cabeza y algunas otras cosas tales; tenía en la mano unas disciplinas con tres bolas reunidas por cierta cadena. Si bien los llamo sátiros, no tenían más de sátiro que ciertos cuernecillos y la cabeza cabruna; todo el resto tenía humana forma.

En el medio punto había hecho una mujer en linda actitud yacente; tenía el brazo izquierdo sobre el cuello de un ciervo, lo cual era una de las divisas del rey; á un lado había hecho en medio-relieve cabritos monteses, y algunos jabalíes y otros animales silvestres más en bajo-relieve; al otro lado perros sabuesos y lebreles de varias suertes, porque así se ve en aquél bellissimo bosque donde nace la fuente.

Luego había cercado toda aquesta obra por un cuadro oblongo, y en los ángulos exteriores al cuadro había hecho en cada uno de ellos en bajo-relieve una Victoria, con aquellos fascas en la mano como los usaban los antiguos. Sobre el mencionado cuadro había puesto la salamandra, divisa propia del rey, con otros muchos agradabilísimos ornamentos á propósito para dicha obra, la cual mostraba ser del orden jónico.

XXII.

Habiendo visto el rey aqueste modelo, en seguida le hice alegrarse y le divertí de aquellos fastidiosos razonamientos en que había estado más de dos horas. Al verle yo contento á mi modo, le descubrí el otro modelo, lo cual no esperaba en manera alguna, por parecerle haber visto bastante trabajo en el primero.

Este modelo era tamaño más de dos brazas, y en él había hecho una fuente en forma de un cuadro perfecto con bellísimas escaleras alrededor, las cuales se entre-

cortaban una á otra, cosa antes nunca vista en aquel país, y rarísima en aqueste. En medio de dicha fuente había hecho un basamento poco más alto que el vaso de dicha fuente, y sobre él había puesto su correspondiente figura desnuda, con mucha belleza y gracia.

Llevaba aquesta una lanza rota en la mano derecha levantada á lo alto, y la izquierda tenía posada sobre la empuñadura de una cimitarra de bellissima forma; descansaba en el pie izquierdo, y el derecho tenía sobre una cimera tan ricamente labrada cuanto imaginarse pueda, y encima de los cuatro ángulos de la fuente había puesto sobre cada uno una figura sedente alzada, con muchas bonitas empresas para cada una.

Comenzóme á preguntar el rey, que le dijese qué bello capricho era aquél que había yo hecho en la puerta; antes de preguntarme nada habíalo él comprendido; mas aqueste de la fuente, si bien le parecía bellissimo, no comprendía nada de él, y bien se le alcanzaba cómo yo no había hecho cual otros necios, que aun cuando hagan cosas con algún poco de gracia, las hacen sin significación alguna. Preparéme para contestarle á esto, pues habiéndole agradado con mis obras, quería que otro tanto le pluguiesen mis palabras:

—Sabed, Sacra Majestad, cómo toda aquesta pequeña obra está muy bien medida á escala, de modo que al hacerla luego resultará con aquesta misma gracia que ahora veis. Aquella figura de enmedio levanta cincuenta y cuatro pies (al oír estas palabras el rey dió grandísimas muestras de asombro), y represen-

ta al dios Marte; aquestas otras cuatro figuras están hechas en representación de aquello en que se goza y tanto favorece Vuestra Majestad. Aquesta de la mano derecha figura la Ciencia de todas las Letras: ved cómo tiene sus divisas, las cuales ponen de manifesto la filosofía con todas las virtudes que la acompañan. Aquella otra demuestra ser el Arte del Diseño completo, á saber: Escultura, Pintura y Arquitectura. Esa otra figura es la Música, la cual acompaña á todas aquestas ciencias. Esta otra que se presenta tan afable y benigna, es la Liberalidad, que sin ella no puede revelarse ninguna de aquestas admirables virtudes que Dios nos inspira. Aquella estatua grande de enmedio está representando á Vuestra Majestad misma, la cual es un dios Marte, como Vos sois único del mundo en valor, y aquesta bravura la empleais justa y santamente en defensa de nuestra gloria.

Apenas tuvo paciencia para dejarme acabar de decir, y alzando mucho la voz, exclamó:

—En verdad que he hallado un hombre conforme á mi ánimo.

Llamó á los tesoreros, presentóme á ellos y dijo que me proveyesen de todo aquello que me hiciere falta, por grandes que quisieran ser las expensas; luego me dió con la mano en el hombro, diciéndome:

—*Mon ami* (que quiere decir *amigo mio*), yo no sé cuál placer es mayor, si el de un príncipe al haber encontrado un hombre conforme á sus ánimos, ó el de aquel ingenio al haber hallado un príncipe que le dé las nece-

sarias comodidades para que pueda expresar sus grandes conceptos artísticos.

Respondí que si era yo lo que decía Su Majestad, aun había sido mucho mayor ventura la mía.

A lo que respondió riéndose:

—Pongamos que sea igual.

Partíme con grande alegría y torné á mis obras.

XXIII.

Quiso mi mala fortuna que no se me ocurriese hacer la misma comedia con madama de Etampes; quien al saber de propia boca del rey por la noche todas aquestas cosas que habían ocurrido, se le engendró tanta rabia venenosa en el pecho, que, encolerizada, dijo:

—Si Bienvenido me hubiera enseñado sus bellas obras, habríame dado pie para acordarme de él á su tiempo.

El rey quiso excusarme y no consiguió nada. Yo, que tal cosa llegué á saber, al cabo de quince días (que habiendo ido por la Normandía á Rouen y á Dieppe habían vuelto luego al antedicho Saint-Germain-en-Laye), tomé aquel bello vasito que había yo hecho á propuesta de la referida madama de Etampes, pensando que al hacerla obsequio con él, habría de recuperar su gracia.

Así, pues, lo llevé conmigo; y haciéndoselo saber por una nodriza suya, mostrando á esta el bello vaso que había yo hecho para su señora, y cómo quería yo dár-

selo, dicha nodriza hízome desmedidos halagos y me dijo que hablaría á la señora, la cual aún no estaba vestida, y que tan pronto como se lo hubiese dicho me haría pasar adentro. La nodriza se lo dijo todo á la señora, quien respondió desdenosamente:

—Dile que se aguarde.

Yo que oí esto, revestíme de paciencia, cosa en mí difícilísima; sin embargo, tuve paciencia hasta después de su almuerzo; y visto luego lo tardío de la hora, el hambre me causó tanta ira, que no pudiendo resistir más, deseándola santamente el cancer en el corazón, partíme de allí; fuí en busca del cardenal de Lorena y le hice presente de dicho vaso, recomendándole sólo que me mantuviese en la gracia del rey. Dijo que no hacía falta, y que si fuese necesario lo haría con gusto; llamando después á un tesorero suyo, le habló al oído. Dicho tesorero esperó á que yo me partiese de la presencia del cardenal, y luego me dijo:

—Bienvenido, venid conmigo, que yo os daré á beber un vaso de vino bueno.

A lo cual contesté, no sabiendo lo que quisiera él decir:

—Por favor, mi señor tesorero, haced que me den una sola copa de vino y un bocado de pan, pues verdaderamente desfallezco, porque he estado de ayuno desde esta mañana temprano hasta la hora que véis, á la puerta de madama de Etampes para regalarla aquel bello vasito de plata dorada, haciéndoselo saber, y ella por vejarme siempre me ha enviado á decir que aguardase;

llegué hasta tener hambre y sentíme desfallecer; y conforme á la voluntad de Dios, he dado mis intereses y mis fatigas á quien es mucho más merecedor; y no os ruego otra cosa sino un poco de beber, que por ser algún tanto bilioso en extremo, de tal suerte me ofende el ayuno, que haríame caer en tierra desvanecido.

Mientras tanto que pronunciaba yo aquestas palabras, trajeron un vino admirable y otras golosinas, para hacer colación; tanto que me satisfacía muy bien, y restaurados los espíritus vitales, salióseme la ira del cuerpo. El buen tesorero me contó cien escudos de oro; mas yo hice gran resistencia á tomarlos en manera alguna. Fuéselo á referir al cardenal, quien diciéndole un gran improperio, le ordenó que me los hiciese tomar por fuerza, y que no se le presentara delante más de otro modo. El tesorero vino irritado hacia mí, diciendo que nunca le había reñido tanto hasta entonces el cardenal; y queriéndomelos dar, yo, que hice un poco de resistencia, me dijo muy colérico que me los haría tomar por fuerza. Tomé los dineros.

Queriendo ir á dar gracias al cardenal, hízome decir por un secretario suyo cómo siempre que él pudiera complacerme lo haría de buena gana; regresé á París la misma noche. Súpolo todo el rey. Hicieron burlas á madama de Etampes, lo cual fué causa de inducir la á mayor irritación en contra mía; de donde hube gran peligro para mi vida, como se dirá en su lugar.

XXIV.

Aun cuando mucho antes debía yo recordar la adquirida amistad del más virtuoso, del más amable y del más modesto hombre de bien que jamás conociera yo en el mundo (aqueste fué el señor Guido-Guidi, excelente médico y doctor y noble ciudadano florentino), por los infinitos trabajos puestos ante mí por la perversa fortuna habíalo dejado algún tanto atrás.

Aun cuando aquesto no importa mucho, no pensaba yo que hiciera falta, por tenerlo de continuo en el corazón; más percatándome luego de que mi vida no está bien sin él, le he introducido al hablar de aquestos mis mayores trabajos, á fin de que, así como en ella había sido mi consuelo y ayuda, sírvame aquí para memoria de aquel bien.

Llegó á París el referido señor Guido, y habiéndole comenzado á tratar, le llevé á mi castillo, donde le di una estancia libre para él; así tuvimos el gusto de estar juntos algunos años.

También llegó el obispo de Pavía, monseñor de Rossi (1), hermano del conde de San Secondo. A este señor le saqué de su posada y le traje á mi castillo, dándole también á él una estancia independiente, donde

(1) Es el mismo que estuvo prisionero en el castillo del Santo Angel en Roma con Cellini, como puede verse en el capítulo CXXVI del libro I.

estuvo muy bien acomodado con su servidumbre y cabalgadura por muchos meses.

También otra vez hospedé al señor Luis Alamanni con sus hijos, por algunos meses; pues Dios me otorgó la gracia de que pudiese yo hacer también algún obsequio á los hombres grandes y virtuosos.

Gocé la amistad del supradicho señor Guido tantos años cuantos allí estuve, gloriándonos con frecuencia juntos de que adquiriésemos algún saber á expensas de aquel tan grande y portentoso príncipe, cada uno de nosotros en la profesión suya. Puedo decir en verdad, que todo cuanto sea yo y cuanto de bueno y bello haya obrado, todo ha sido por causa de aquel maravilloso rey; por ese motivo reanudo el hilo del razonamiento acerca de él y de mis grandes obras para él hechas.

XXV.

En aquel castillo mío tenía yo un juego de pelota para jugar en frontón, del cual sacaba yo bastante utilidad, mientras que jugaban en él. En dicho lugar había unas pequeñas estancias donde habitaban diversas clases de gentes, entre las cuales había un impresor de libros muy hábil (1); tenía aqueste casi todo su taller dentro de mi castillo, y fué quien estampó aquel primer buen libro de medicina del señor Guido. Queriéndome yo ser-

(1) Llamábase Pedro Gauthier.

vir de aquellas estancias, le despedí, aun cuando con alguna dificultad no pequeña.

También había allí un maestro salitrero; y como quería yo valerme de aquellos pequeños aposentos para ciertos buenos operarios míos tudescos, dicho maestro de salitres no quería desalojar; y habíale yo dicho afa-blemente muchas veces que me dejase libres mis estancias, pues quería que sirviesen para habitación de mis operarios en el servicio del rey. Cuanto más humilde le hablaba, tanto más soberbio respondíame aquel bestia; á lo último le dí de término tres días. Rióse de esto y me dijo que al cabo de tres años comenzaría á pensar en ello.

No sabía yo que el tal era íntimo servidor de madama de Etampes; y si no hubiera sido porque aquella causa de madama de Etampes hacía me pensar un poco más en las cosas de lo que antes lo hacía yo, bien presto le hubiera expulsado; mas quise tener paciencia por aquellos tres días. Pasado que hubieron estos, sin decir nada más, al frente de tudescos, italianos y franceses, armas en mano y muchos peones que yo tenía, en breve tiempo asolé toda la casa y eché fuera de mi castillo todos sus muebles. É hice este acto algún tanto riguroso, porque él me había dicho que no conocía poder de italiano tan fuerte que le moviese un punto de su lugar. Con ese motivo, después de ejecutado el hecho, llegó aquél y le dije:

—Yo soy el más mínimo italiano de Italia, y no te he hecho nada en comparación de aquello que para hacer-

te me sobran ánimos, y que te haré si hablas una sola palabra.

Como éstas, díjele otras frases injuriosas. Atónito y espantado este hombre puso en orden sus cosas lo mejor que pudo; luego corrió á madama de Etampes y pintó un infierno; y aquella mi gran enemiga se lo describió al rey tanto mayor cuanto que ella era más elocuente, y bastante más; el rey (díjoseme) dos veces quiso irritarse conmigo y dar órdenes desagradables en contra mía; mas como el Delfín Enrique, su hijo, en la actualidad rey de Francia, había recibido algunos disgustos de aquella demasiado audaz mujer (1) juntamente con la reina de Navarra, hermana del rey Francisco, pusieron tanto empeño en favorecerme, que el rey todo lo convirtió en risa; por lo cual, con la verdadera ayuda de Dios, pasé un gran peligro.

XXVI.

También tuve que hacer lo mismo con otro parecido á éste; mas no arruiné la casa, si bien le eché fuera todos sus muebles. Por lo cual hubo de irritarse tanto madama de Etampes, que dijo al rey:

—Creo que este demonio alguna vez os ha de saquear París.

(1) Sabida es la enemistad entre el Delfin Enrique y la Duquesa de Etampes con motivo de Diana de Poitiers, favorita del uno y vencedora rival en belleza de la otra.

Al oír el rey aquestas palabras respondió airado á madama de Etampes, diciéndola que hacía yo muy bien al defenderme de aquella canalla, que querían impedirme para su servicio. Diariamente crecía la rabia de aquesta cruel mujer; llamó á un pintor, el cual estaba de residencia en Fontainebleau, adonde iba el rey casi de continuo. Este pintor era italiano, boloñés, y era conocido por el Bologna; llamábase de nombre Francisco Primaticcio.

Madama de Etampes le dijo que debiera pedir al rey aquella obra de la fuente que Su Majestad habíame encomendado, y que ella con todo su poderío le ayudaría; de común acuerdo así, tuvo aqueste Bologna la mayor alegría que jamás tuviera, y tal cosa contóla como segura, á pesar de no ser de su profesión; si bien tenía bastante buen dibujo y habíase concertado con algunos oficiales formados bajo la disciplina del Rosso, nuestro pintor florentino, artista en verdad portentosísimo; y lo que éste hacía de bueno, habíalo tomado de la admirable escuela de dicho Rosso, el cual era ya muerto.

Muchísimo pudieron aquellas astutas razones, con la grande ayuda de madama de Etampes y con el continuo martilleo día y noche, ya de madama, ya del Bologna, en los oídos de aquel gran rey. Y lo que fué potente causa para hacerle ceder, es que ella y el Bologna, de común acuerdo, dijeron:

—¿Cómo es posible, Sacra Majestad, si quereis, aquella obra, que Bienvenido os haga doce estatuas de pla-

ta, cuando por cierto aún no ha terminado una? Si le empleáis en una tan grande empresa, por necesidad os veréis privado de aquesta otra que tanto deseáis; porque cien hombres habilísimos no podrían concluir tantas grandes obras cuantas ha urdido aqueste hombre de mérito, quien claramente se ve cómo tiene gran voluntad de trabajar; lo cual será causa de que vuestra Majestad presto se quede sin él y sin las obras.

Habiendo hallado al rey de buen temple tales palabras y otras análogas, complacióles en todo aquello que demandado le habían; y eso que aún no se habían visto dibujos ni modelos de nada, salidos de manos del dicho Bologna.

XXVII.

Por el mismo tiempo habíase movido contra mí en París aquel segundo habitante á quien había yo expulsado de mi castillo; y habíame intentado un proceso diciendo cómo le robé yo gran cantidad de sus bienes cuando lo eché de casa. Aqueste proceso me causaba grandísimos afanes y quitábame tanto tiempo, que muchas veces quise echarlo todo á rodar y marcharme con Dios.

Tienen por costumbre en Francia hacer grandísimo capital con un proceso intentado contra un extranjero ó contra otra persona que vean que no está muy diestra en litigar; y tan pronto como empiezan á verse algunas

ventajas en dicho proceso, tratan de venderlo; y algunos lo dan por negocio á ciertos individuos que se dedican del todo á este arte de comprar litigios.

Tienen también otra malvada costumbre, y es la de que casi la mayoría de los hombres nacidos en Normandía ejercen como oficio suyo el de prestar testimonio falso; de modo que los que compran el pleito adiestran en el acto á cuatro ó seis de estos testigos, según la necesidad, y por obra de éstos, quien no caiga en la cuenta de presentar otros tantos por no saber tal uso, bien presto tiene la sentencia en contra suya. Sucediéronme á mí estos mencionados accidentes; y pareciéndome cosa muy inmoral, presentéme para defender mis razones, á la gran sala de París, donde ví un juez, lugarteniente del rey en lo civil, puesto en alto sobre un gran estrado.

Era aqueste hombre alto, ancho y gordo, y de aspecto asperísimo; tenía en tórno suyo, á una y otra parte, muchos procuradores y abogados, todos puestos en orden á derecha é izquierda, presentándose otros, uno cada vez; y proponían á dicho juez una causa. Aquellos abogados que de él estaban cerca les vi algunas veces hablar todós á un tiempo; por lo cual quedé asombrado de que aquel hombre admirable, con verdadero aspecto de Plutón, alargase las orejas con actitud marcada, ya hacia éste, ya hacia aquél, y de que á todos respondiese hábilmente.

Y como siempre me ha recreado ver y gustar toda suerte de habilidades, parecióme ésta tan admirable,

que no hubiese querido dejar de verla á toda costa. Por ser aquella sala grandísima y estar llena de gentío, hacían grandes diligencias para que allí no entrase quien no tuviese que hacer; y tenían la puerta cerrada y una guardia en dicha puerta, la cual guardia algunas veces, por hacer resistencia á quien no se quería que entrase, estorbaba con gran estrépito á aquel portentoso juez, quien colérico soltaba improperios á dicha guardia.

Muchas veces lo presencié y puse atención á lo ocurrido; y las palabras formales que yo escuché fueron aquestas, que dijo el juez en persona; el cual hizo que pasasen en el acto dos gentilhombres que venían á curiosar, y haciendo aquellos porteros grandísima resistencia, dicho juez exclamó, gritando con altas voces:

—Paz, paz, Satanás; paz, paz, Satanás; vete, paz.

Tales palabras en lengua francesa suenan de aqueste modo:

Phe, phé, Satan; phe, phé, Satan; alé phe.

Yo, que había aprendido muy bien la lengua francesa, al oír aquesta frase, vínome á la memoria aquella que Dante quiso decir cuando entró con Virgilio, su maestro, dentro de las puertas del Infierno. Porque Dante en tiempo del pintor Giotto estuvieron juntos en Francia y mayormente en París, donde por las mencionadas causas se puede decir que el lugar donde se litiga es un Infierno; por ese motivo, entendiendo asimismo Dante muy bien la lengua francesa, sirvióse de aquella frase; y me ha parecido fuerte cosa que nunca se hubiese

comprendido así; de modo que digo y creo que estos comentadores, le hacen decir cosas en las cuales jamás pensó.

XXVIII.

Volviendo á mis hechos, cuando me ví dar ciertas sentencias por mano de aquestos abogados, no viendo modo alguno de poderme ayudar, recurrí para ayuda á una gran daga que llevaba, porque siempre me ha gustado tener buenas armas; y el primero á quien comencé á atacar fué al principal que me había promovido el injusto proceso; y una tarde le dí en las piernas y en los brazos tantas puñaladas (curando sin embargo de no matarle), que le dejé inválido de ambas piernas. Después fuí en busca del otro que había comprado el proceso, y también le dí de suerte que tal pleito se acabó.

Dí siempre gracias á Dios por aquesto y otras cosas; y pensando entonces permanecer algún tiempo sin verme molestado, dije á los jóvenes de mi casa, máxime á los italianos, que por amor de Dios atendiese cada uno á sus quehaceres y me ayudasen algún tiempo hasta tanto que pudiese yo acabar aquellas obras comenzadas, porque presto las terminaría; después quería regresar á Italia, no pudiendo aguantar las bribonadas de aquellos franceses; y que si aquel buen rey se irritaba alguna vez conmigo, me haría andar mal por haber hecho yo en mi defensa muchas de aquellas cosas tales.

Los referidos italianos eran: el primero y más querido, Ascanio, del reino de Nápoles, lugar llamado Tagliacozzo; el otro era Paulo, romano, persona de muy humilde nacimiento y que no tenía padre conocido; aquestos dos eran los que había traído yo de Roma, donde conmigo estaban. También tenía otro romano, que había venido desde Roma á propósito en mi busca, llamándose igualmente de nombre Paulo, y era hijo de un pobre hidalgo romano de la casa de Macaroni; este joven no sabía mucho del arte, mas era bravísimo con las armas. Otro tenía, el cual era ferrarés, y su nombre Bartolomé Chioccia (1).

También tenía otro florentino, y llamado Paulo Micceri. Y como su hermano, apodado el Gatta, era muy hábil en la escritura (mas había gastado con exceso al manejar los bienes de Tomás Guadagni, riquísimo mercader), este Gatta me arregló ciertos libros donde yo tenía las cuentas del gran rey cristianísimo y de otros; y habiendo aprendido este Paulo Micceri el estilo de su hermano en aquestos mis libros, seguíamelos llevando, y yo le daba muy buen salario.

Y como me parecía un joven muy bueno, al ver que era devoto, y al oírle continuamente ya rezar los salmos, ya con el rosario en la mano, confiaba yo bastante en su fingida bondad. Llamándole á él solo aparte, le dije:

— Paulo, queridísimo hermano, ya ves cuán bien es—

(1) En el librito de memorias de Cellini, existente en la Biblioteca Riccardiana, se ve que era de la familia Perini.

tás conmigo, y sabes que no tenías ninguna colocación; y además eres florentino. Por todas estas cosas me fio más de ti, y por verte muy devoto en los actos de la religión, lo cual es cosa que mucho me complace. Ruégote que me ayudes, pues no me fio mucho de ninguno de aquestos otros. Así, pues, te suplico que, en primer término, tengas cura de estas dos cosas, que me causarían enojo: Es la una, que guardes muy bien mis intereses, á fin de que no me los arrebatén; y así pues, no me los toques tú. Además, mira aquella pobre muchacha Catalina, la cual tengo principalmente para el servicio de mi arte, que sin ella no me podría valer; mas como soy hombre, la empleo en mis placeres carnales, y pudiera ocurrir que me hiciese un hijo; y como no quiero costear hijos de otros, mucho menos soportaría el que se me hiciese tal injuria. Si alguno de aquesta casa fuese tan osado que hiciese tal cosa, y yo me percatase de ella, tengo por cierto que mataría á la una y al otro. Por ese motivo te ruego, caro hermano, que me ayudes; y si ves algo dímelo en seguida, porque mandaré á la horca á ella, y á la madre, y á quien tal cosa hiciese. Por tanto, sé tú el primero en guardarte muy bien de ello.

Este bribón santiguóse con un signo de la cruz que le cogió desde la cabeza á los pies, y dijo:

—¡Jesús bendito! ¡Dios me guarde de pensar nunca en tal cosa! En primer lugar, por no ser yo dado á cosas tan feas; y además, ¿creéis que no conozco yo los grandes beneficios que os debo?

Viendo que me decía aquestas palabras con sencilla actitud y afabilidad hacia mí, juzgué que serían tan verdaderas como él decía.

XXIX.

Dos días después, viniendo una fiesta, Matías del Nazaro, italiano también él y servidor del rey, hombre habilísimo en la misma profesión, habíame invitado con mis oficiales á recrearnos en un jardín; por lo cual me dispuse, y dije también á Paulo que viniese al recreo para alegrarse con nosotros, pareciéndome haber aquietado un poco aquel fastidioso proceso mencionado. Este joven me respondió diciendo:

—En verdad que sería grande error dejar sola la casa de este modo; ved cuánto oro, plata y pedrería tenéis aquí; y estando en una ciudad de ladrones, preciso es guardarse de día como de noche; me quedaré para rezar ciertas oraciones mías mientras guardo la casa; andad con ánimo tranquilo á recrearos por largo tiempo, que otra vez hará otro aqueste oficio.

Así, pues, me fuí con tranquilidad de ánimo, juntamente con Paulo, Ascanio y el Chioccia á dicho jardín para recrearnos; y gran parte de aquel día lo pasamos alegremente. Comenzando á aproximarse la tarde, hacia el medio día me entró mal humor, y empecé á pensar en aquellas palabras que con fingida simplicidad habíame dicho aquel perverso. Monté en mi caballo, y